

PAR KUMARASWAMI y NIAMH THORTON, eds. *Revolucionarias: Conflict and Gender in Latin American Narratives by Women*. Bern: Peter Lang, 2007.

Este libro reúne nueve artículos centrados en la representación de la guerra por escritoras latinoamericanas de diversos países y diferentes contextos de conflicto político. Como declaran las editoras en la introducción, la intención es juntar reflexiones sobre la perspectiva femenina de mujeres que participaron en o fueron tocadas de alguna manera u otra por distintas revoluciones a lo largo del siglo xx. Kumaraswami y Thornton observan que hasta el presente (es decir, cuando se publicó el manuscrito) no existe ningún libro enfocado en las respuestas creativas de mujeres al conflicto en un contexto transnacional latinoamericano (15). Organizada alrededor de los temas centrales narrativa, género y conflicto, la colección busca establecer puntos de contacto entre diversas experiencias de guerra para así trazar algunas líneas críticas generales para una discusión sobre la experiencia femenina del conflicto político. Notando que la mayor parte de las narrativas de guerra canónicas representan una perspectiva masculina enfocada en una esfera pública, los presentes análisis se proponen indagar por otros puntos de vista que abarcan también la vida privada. Al incorporar textos ficcionales y no-ficcionales, las editoras intentan enfatizar las políticas de escritura sobre las cuestiones de verdad y autenticidad y problematizar los binarismos simples a menudo operantes en los estudios de género y de escritura femenina (16).

A primera vista el proyecto suena interesante y valioso y la articulación de las metas del libro en la introducción es precisa y clara. Desafortunadamente, la calidad de los artículos seleccionados es bastante desigual y el libro en su totalidad no cohesiona como un producto orgánico que se conforme consistentemente a las intenciones originales de la colección. Con una selección de artículos más rigurosa, el trabajo de un buen corrector de pruebas y una organización interna más fuerte, *Revolucionarias* podría haber sido una gran contribución al campo; sin embargo, el libro presente carece del carácter pulido y sofisticado que se espera de una publicación académica de alta calidad. El prefacio y el

primer artículo se publican en español, mientras que la introducción y los ocho capítulos restantes se presentan en inglés, contribuyendo a un sentido de fragmentación del texto. Más que una selección orgánica y coherente de textos en diálogo cuyo conjunto ofrece algunas reflexiones y cuestionamientos en común –o en un debate productivo entre sí–, el manuscrito se lee como una recopilación de textos aislados que simplemente tratan el mismo tema. El factor principal en esta falta de cohesión es la gran disparidad de calidad de un artículo a otro. El lector en busca de un análisis sólido sobre Gioconda Belli o Ángeles Mastretta lo encontrará, pero el que esté más interesado en los planteamientos comparativos y las conexiones entre los diversos contextos sociohistóricos de los textos tratados podrá estar decepcionado con los demás capítulos.

Por cierto, algunos artículos del volumen sobresalen como contribuciones notables al tema en cuestión. El capítulo de Lorna Shaughnessy presenta una lectura sofisticada y matizada de la poesía de Gioconda Belli atenta a la complejidad del concepto del género. Enfatiza las ambigüedades de la representación del género por Belli y sus transformaciones personales a través del tiempo y en relación al desarrollo de la Revolución Sandinista. Abraza las contradicciones internas a esta poesía como punto de partida, notando que ésta demuestra inconsistencias ideológicas tal como el sandinismo de los años ochenta. Asimismo, el artículo de Thornton ofrece otra reflexión pausada sobre la misma poeta, esta vez en comparación con Ángeles Mastretta y su representación novelesca de la Revolución Mexicana desde un punto de vista femenino y contemporáneo. Enfocándose en las asociaciones entre las mujeres y la vida privada, por un lado, y entre los hombres y la esfera pública, por el otro, Thornton examina con cuidado la manera en que estas dos escritoras astutamente mezclan tales ámbitos para reflexionar sobre el impacto de la guerra en la vida y la psiquis femeninas y sobre el papel de las mujeres en la guerra misma. Al focalizar y problematizar la dicotomía vida privada vs. vida pública y sus asociaciones con el género, la autora plantea algunas preguntas sugerentes a propósito de la escritura femenina sobre la experiencia de guerra. Otros artículos sólidos fuertes son el capítulo inicial de María de la Cinta Ramblado Minero sobre las primeras ficciones de Allende, el de Sarah Bowskill sobre la novela mexicana *Yo también Adelita*, y el trabajo de Kumaraswami sobre la escritura testimonial femenina de Cuba. Éstos entran en un diálogo (a veces limitado) con los otros mencionados, pero fallan un tanto en cumplir con su título y tesis (Bowskill) o carecen del suficiente análisis textual y no establecen suficientes conexiones con las preocupaciones centrales establecidas en la introducción (Kumaraswami).

Los cuatro capítulos restantes presentan una variedad de problemas conceptuales y desmerecen, de mayor o menor grado, la calidad del libro. En general, parten de nociones facilistas de género, carecen de cuestionamientos teóricos más profundos e innovadores y no logran hacer conexiones fructíferas con los planteamientos generales del libro. Sin duda contienen puntos de interés, pero carecen de la rigurosidad académica de los



artículos mencionados arriba. Por ejemplo, a pesar de conducir una lectura cuidadosa de la novela *In the Name of Salomé* de Julia Álvarez, la autora de dicho ensayo se basa en un modelo teórico flojo que celebra a la mujer como diosa en un viaje heroico, proveyendo así una concepción un tanto esencialista y sentimentalista de la experiencia femenina.

Uno de los puntos más sugerentes del libro; se trata de la afirmación de que las mujeres anti-allendistas querían que los hombres se consideraran los verdaderos líderes en todo, para que aquéllas pudieran seguir manipulando las ‘formas invisibles del poder’ (125-26). No obstante, este punto constituye una oportunidad perdida, ya que la autora no examina las implicaciones de esa postura y su relevancia general al estudio de las dinámicas del poder y el género. Es más, cierta falta de análisis crítica aquí contribuye a un sentido de incongruencia con el resto del volumen, ya que las mujeres en este caso, más que ‘la figura más revolucionaria de Chile’, como plantearía el título, son más bien antirrevolucionarias, proponentes de un conservadurismo en términos no sólo de política sino también de género y el papel de la mujer dentro de la sociedad. De este modo, la inclusión de este artículo en un volumen titulado *Revolucionarias* resulta irónica; no obstante, provee un contraste interesante con los otros capítulos y plantea unas preguntas implícitas sobre lo que significa ese término.

Hay dos trabajos muy débiles en la colección. El primero, titulado “The ‘Poetics’ of Resistance: Three Cuban Artists in the Diaspora”, no cumple con su título y parece un poco fuera de lugar en el volumen. La autora sostiene que la pintura de las artistas en cuestión se puede leer como obras de narrativa visual (47) pero no expone esta afirmación y, es más, no lee las pinturas mismas en términos narrativos; más bien se limita a un nivel expositivo, simplemente resumiendo de la biografía de las artistas, y carece de una tesis crítica. El único argumento que ofrece aparece al final sin justificación y no se explica satisfactoriamente su uso del término ‘poéticas de resistencia’ para describir estas obras. Es más, la autora cita de lo que parecen ser entrevistas con las pintoras sin precisar de dónde las saca e incluye una sola fuente en su bibliografía.

Finalmente, el capítulo titulado “An Old Family Narrative: Rethinking *Testimonio* and Gender” parte de unas observaciones trilladas sobre la cuestión de la verdad en el testimonio y procede a llegar a algunas conclusiones bastante falibles sobre la relación entre este género textual y las dinámicas de poder del género humano. Hace lo que podrían ser observaciones válidas sobre el testimonio femenino pero se equivoca al plantear estas tendencias como características del género entero, obviando así la existencia de testimonios masculinos que también han sido recibidos de maneras parecidas. De este modo, colapsa las complejidades de la recepción del testimonio en una sola explicación, en vez de situar ésta como un factor entre varios. Este error refleja una tendencia general de la autora aquí a asumir que lo que aparenta ser cierto sobre un texto aplica en la misma manera a los demás; así, cae en otros tipos de errores y generalizaciones erróneas también.



En suma, *Revolucionarias* representa una tentativa de llenar un vacío en los estudios sobre la política y el género al ofrecer una serie de reflexiones críticas a propósito de escrituras femeninas sobre el conflicto; no obstante, la falta de selección juiciosa de los artículos y de una labor rigurosa de edición en última instancia disminuye la contribución posible del manuscrito al campo de los estudios de género. El valor principal de la colección yace en algunos artículos excepcionales aislados, más que el libro en conjunto. Podríamos decir, quizá, que en este caso *the whole is worth less than (some of) its parts*.

University of Pittsburgh

HANNAH BURDETTE

LUZ MARY GIRALDO. *En otro lugar. Migraciones y desplazamientos en la literatura colombiana contemporánea*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2008.

Colombia es un país que es sinónimo de noticia continuamente y que brinda al mundo entero cualquier cantidad de historias y sucesos particulares debido a su problemática social, política y económica. Una nación en la que la palabra aburrimiento suena lejana debido a su convulsionada vida que es noticia de primera página. Violencia, guerrilla, droga, corrupción, crisis, son ellos estereotipos que superficialmente pintan toda una región y un conglomerado social que sin duda tienen mucho más que ofrecer. Dentro de esa realidad y sus diferentes matices aparece su actual literatura que plasma bien esa agitada vida nacional que en muchas ocasiones es y ha sido hábilmente manipulada por los medios de comunicación. La literatura no podría ser ajena a esa realidad y por ende, a manera de espejo, gesta dentro de sus diferentes géneros: temáticas, historias, personajes y hechos que juegan a extender esa realidad, recreándola, fantaseándola y desde luego, eternizándola. Y aquí hablamos de una literatura nacional que a partir de una idiosincrasia, una historiografía, una lengua y una cotidianidad sirven como materia prima para demarcar las fronteras de una perspectiva de mundo, de una forma de actuar y de pensar.

En los últimos años en Colombia el intrínseco binomio realidad-literatura ha sido simiente de innumerables escrituras que se cruzan y sistemáticamente fisuran los dos componentes. La literatura colombiana en buena parte hoy descansa en novelas testimoniales, históricas, decenas de crónicas o relatos autobiográficos que por medio de diferentes maneras intentan informar, advertir, enseñar o incluso entretener acerca de la conflictiva situación nacional. No se explica de otra manera, por ejemplo, el gran auge de la novela sicarésca o del llamado narcorealismo y sus disímiles vertientes no sólo en la literatura sino en el cine o en la televisión nacional. En Colombia se sentencia



como cliché que la realidad supera la ficción. La literatura últimamente está apoyada en el acicate o en el estímulo que deja el común vivir dentro del drama del país mismo.

Y siguiendo esa relación aparecieron y siguen surgiendo en la literatura nacional las temáticas de desplazamiento, emigración, desarraigo y exilio que muchos colombianos han tenido que afrontar. Lo anterior como consecuencia de la endémica violencia con la cual el colombiano promedio actual ha crecido y cuyas generaciones anteriores vivieron, y futuras probablemente vivirán. Una violencia que lleva varias décadas y que ha creado igualmente una vida alternativa que coexiste con esa realidad despiadada que de forma sagrada deja centenares de muertos anualmente.

El punto de partida de la autora de este texto teórico es analizar un corpus de novelas, cuentos y poemas que ponderan esa relación de desplazamiento y exilio dentro de la realidad colombiana. A su vez, la idea primaria es reflexionar sobre cómo estas narrativas logran ficcionalizar ese acontecer por medio de sujetos migrantes. El proyecto suena ambicioso por la gran cantidad de obras que podrían estar emparentadas con esta temática debido a las características de la vida colombiana antes descrita; en consecuencia, muchas serían entonces las obras que se podrían examinar e incluir en el estudio. Pero desde un principio, rescatamos el aporte de Giraldo pues esta investigación puede ser el comienzo de futuros proyectos que se inscriban en esa correspondencia y que analicen, complementen y actualicen este tipo de escrituras. Ése, sin duda es el primer logro que podríamos mencionar del texto, la iniciativa de articular una crítica coherente en torno a un corpus determinado que refleja una realidad nacional: un trabajo más que ayuda a profundizar y a entender la problemática de un país, esta vez representada en el arte, en su literatura. Este libro de Giraldo, sin ser exhaustivo, sí es representativo y por ende abre caminos a investigaciones circunscritas con base en este acercamiento académico.

El libro respalda su marco teórico en estudios y propuestas sobre exilio, identidad, desplazamiento, emigración-inmigración, enunciadas por Giuseppe Zarone, Edgard W. Said, James Clifford, Zigmunt Bauman, entre otros. La autora en principio contextualiza el período histórico a examinar cubriendo aproximadamente cien años desde la Guerra de los Mil Días hasta el cruento presente salpicado de violencia del narcotráfico, guerrilla y paramilitarismo. Durante todo este lapso de tiempo se generaron narrativas de ficción íntimamente ligadas con la temática general propuesta en el libro: “la literatura no guarda silencio ante la historia: al contar y exorcizar el dolor y el horror, hace señalamientos a conflictos internos y atiende a la crisis” (22). Además, más allá de ese análisis individual de obras, en este trabajo se refuerza la idea de un proceso de transterración (Giardinelli) en el cual se exige una adaptación forzosa a un nuevo lugar en el que se reinventan, anhelan y negocian el pasado, el presente y el futuro.

La estructura formal del texto cuenta con tres capítulos: el primero, “Escrituras del desplazamiento”; un segundo: “Narraciones del exilio: de aquí para allá”, y un tercero: “Narraciones del exilio: de allá para acá”. En el primero se analizan cuentos y novelas que hacen evidentes las consecuencias de la violencia nacional representadas en el



fenómeno de la migrancia campo-ciudad. Esta violencia rural nace como resultado de la incesante lucha política de más de un siglo en Colombia, en la que la codicia por el poder es liderada por los dos partidos políticos tradicionales. Las representaciones literarias de esta problemática sugieren los primeros desplazamientos forzados dentro del mismo país.

Al respecto recordemos las palabras de Alfredo Molano que se incluyen en el texto: “En Colombia casi todo campesino puede decir que su padre, o su tío, o su abuelo fue asesinado por la fuerza pública, por los paramilitares o por las guerrillas [...] Es la diabólica inercia de la violencia” (19). En ese marco se analizan y comentan libros como la antología de relatos de Peter Schultze-Kraft *La horrible noche* (título que proviene de una de las estrofas del himno nacional); varios textos de Arturo Alape, *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo, y *Rosario Tijeras* de Jorge Franco. Dentro del segundo capítulo se plantea el desplazamiento al exterior debido a conflictos más actuales cuyos protagonistas son el Estado, la guerrilla y el paramilitarismo. Huir del país en búsqueda de un nuevo hogar, una nueva vida. El choque cultural que esto conlleva y la tragedia silenciosa de los que se fueron, de aquéllos que tal vez no regresarán y de hacerlo volverán convertidos en otros. En ese viaje la autora trata novelas como: *Paraíso travel* de Jorge Franco, *El síndrome de Ulises* de Santiago Gamboa y *Zanahorias voladoras* de Antonio Ungar. En el tercer capítulo, se estudia la contracara del anterior, pues éste es acerca de los inmigrantes que han llegado al país impulsados por conflictos mundiales. Aunque en el caso de Colombia esta literatura no alcanza dimensiones notorias como sí se sucedió en Argentina (clásico país de inmigrantes dentro de América Latina) sí existen escrituras que narran la realidad de aquéllos que arribaron al país con la idea de quedarse y comenzar una nueva vida. Algunos de estos libros que ficcionalizan estos desencuentros son discutidos por Giraldo al referirse a personajes europeos inmigrantes que emergen en varias novelas y que se desplazaron a Colombia dejando muchas veces su impronta o huella de superioridad ante el contexto que encontraron, entre estas narraciones se encuentran: *Los elegidos* de Alfonso López Michelsen, *La otra raya del tigre* de Pedro Gómez Valderrama o *El jardín de las Weissman* de Jorge Eliécer Pardo. De igual forma, se presentan también textos que describen la incursión de la cultura sirio-libanesa dentro del país como: *La caída de los puntos cardinales* de Luís Fayad y el libro de Fernando Iriarte Martínez: *Nazim. Muerto, vendido y desaparecido para siempre*. En este mismo capítulo, se estudia también el drama de la esclavitud africana en Cartagena durante la época colonial, la letanía y el desarraigo cultural de personajes que hicieron parte de la nación evidenciados en *La Ceiba de la memoria* de Roberto Burgos Cantor. En diálogo con la anterior, Giraldo comenta la fatalidad de Giacomo Iriarte en la novela *La cantata del mal* de Fernando Toledo; en ella, un personaje europeo que vive una penosa enfermedad termina siendo tan excluido y marginado como los esclavos africanos del pasado.



El libro de Luz Mary Giraldo es una contribución en lo que tiene que ver con el estudio actual y el análisis idóneo de algunas obras de la literatura colombiana, en las que se manifiesta un hecho específico entrañablemente ligado a la vida nacional. El texto invita a pensar y realizar nuevas propuestas relacionadas con el tema pues el corpus como retrato de la triste realidad del país se antoja abundante y creciente.

University of Pittsburgh, Johnstown

ÁLVARO ANTONIO BERNAL

LUIS E. CÁRCAMO-HUECHANTE, ÁLVARO FERNÁNDEZ BRAVO y ALEJANDRA LAERA, comps. *El valor de la cultura: arte, literatura y mercado en América Latina*. Beatriz Viterbo Editora, Rosario, 2007.

Era esperable (y necesaria) la aparición de un conjunto de ensayos como éste. El punto de vista adoptado por Cárcamo, Fernández y Laera en tanto editores nos permite conocer un as de trabajos cuyo enfoque multidisciplinario entrega una visión cabal de las relaciones no siempre conflictivas, pero tampoco del todo armoniosas, entre el arte y la literatura latinoamericanos y el mercado todavía incipiente que el continente ha logrado establecer para estas disciplinas.

A partir fundamentalmente de las experiencias de las últimas décadas (los ensayos de Fernández Bravo, Raimondi y Degiovanni son, en este sentido, notables excepciones que detallaremos en adelante), los distintos autores y autoras se extienden sobre las modificaciones que el mercado significa en el mundo estético y el de su recepción, modificaciones que no tienen que ver exclusivamente con las formas de distribución, comercialización y el circuito que pueden (o no) alcanzar los bienes simbólicos, sino por sobre todo y tal vez más importante con los cambios que el hecho estético mismo, en el estadio de su producción, admite.

Lúcido como de costumbre, ya en 1942 Jorge Luis Borges nos daba la medida del asunto cuando cuestionaba, a propósito de la institución de los premios literarios, el impacto que éstos pueden eventualmente tener como una suerte de censura implícita en los propios creadores. Con el ejemplo de José Hernández y su *Martín Fierro*, Borges se preguntaba si este autor “¿Se habría animado a exhibir al gaucho como desertor, como borracho, como asesino y como matrero? En otras palabras: ¿hubiera escrito el *Martín Fierro*?”. Esta cita de Borges aparece en uno de los trabajos más esclarecedores del conjunto, el de Alejandra Laera, en torno a la pareja de mercado y literatura. Y digo esclarecedor porque Laera establece con claridad meridiana los efectos que de esta relación puedan surgir. A saber: si, por una parte, Laera se explaya en la influencia que el mercado puede ejercer en el ejercicio mismo de la actividad escritural, también



ejemplifica la contraparte de esto, i.e., la “misappropriation” de la que habla James English en su *Economy of Prestige*. De lo que se trataría esta apropiación inadecuada es de que, aun cuando el mundo de las editoriales transnacionales y los grandes medios de comunicación escrita (como Clarín, en Argentina) pueden ejercer su influencia sobre una escritura posible (i.e., la aparición paulatina de una literatura “premiable”, que se corresponda con una fórmula más o menos tácita, pero aun así no muy difícil de identificar), por otro lado los autores que acceden a esas formas de consagración establecidas por la industria editorial, pueden hacer un uso alternativo de las mismas, pueden usar ese espaldarazo económico y comunicacional para cumplir con objetivos que no se condigan necesariamente con los presupuestados por tales instituciones. Citando a English, Laera plantea que el desdén expresado desde ciertas esferas por estas formas de participación pública, significa retrotraerse a unas reglas del juego que hoy en día resultan totalmente inválidas, en tanto la lucha –hoy– por la autonomía pasa por una estrategia polivalente de múltiples asociaciones en las que el mero testimonio voluntarista ya no encuentra cabida. En este contexto, los autores y las autoras se encuentran ante el dilema de saber hasta qué punto son capaces de manipular el sistema, sin ser ellos mismos los manipulados. La pregunta es aún más crucial en tanto lo que se acepta comprometer no son sólo los modos de circulación y difusión de la obra y la figura autorial, sino también las prácticas escriturales: qué entra en el circuito de lo premiable y qué queda en el terreno de lo invisible.

En este sentido, los ensayos de Sandra Contreras sobre César Aira y el de Cárcamo-Huechante sobre Pedro Lemebel y Jaime Bayly, revelan distintas, divergentes y novedosas formas de integrarse y/o relacionarse con el mercado de los bienes culturales.

Si, por una parte, el modo de inserción de Aira pareciera una estrategia oblicua, en la que el paso indistinto por editoriales grandes e internacionales y otras independientes, cuyos tirajes no superan en ocasiones los cincuenta ejemplares (o menos), en el caso de los autores tratados por Cárcamo-Huechante hay evidentemente posturas que se consideran a sí mismas diametralmente opuestas la una de la otra. Si en *La noche es virgen*, Jaime Bayly propone un cuerpo gay en consonancia con las estrategias de *marketing* a las que su participación pública le permite acceder, quitándole cualquier espesor a la diégesis en tanto ésta se transforma en una mera sucesión de logotipos que en ningún momento cuestionan su condición de constructo ficcional y narrativo, Pedro Lemebel, por su parte, nos propone un sistema de relaciones con el mercado que interpela constantemente a este último, desde la ambigüedad de una posición no sólo genérica, que es la que tematiza preferencialmente, sino desde esa marginalidad que se mueve tal vez con renuencia hacia ese centro (del éxito de ventas editoriales) al que se accede, vale la pena recordarlo, no por una democratización de mercado que es a todas luces espuria, sino porque lisa y llanamente el mercado no rechaza apriorísticamente



nada, más bien se adecúa a las ofertas y las demandas que los distintos grupos de presión ejercen con fuerza que siempre es desigual.

Otra arista de meridiana importancia en el conjunto y (tal vez) de mayor alcance dada su relación con la conformación de los imaginarios nacionales a partir del siglo XIX y principios del siglo XX y la lectura retrospectiva que conllevan de los mismos, los trabajos de Fernández Bravo, Fernando Degiovanni y Sergio Raimondi involucran una estimación novedosa del papel jugado por la diada Estado/mercado en la construcción de las identidades nacionales o en los intentos fallidos por construir las. Estos tres investigadores parecen estar de acuerdo en una idea central: cualesquiera que hayan sido los proyectos por forjar el ideario de la nación (Brasil en Fernández Bravo, Argentina en los estudios de Raimondi y Degiovanni), éstos no fueran exclusividad del Estado, como suele ser moneda común a la hora de hablar de este tema, sino que, como lo demuestran en sus respectivos ensayos, los conflictos de interpretación de las historias nacionales tuvieron su espacio de batalla en un mercado que resultó un índice elocuente para evidenciar las discrepancias entre tales interpretaciones.

La aventura personal de José Ingenieros, narrada con un *timing* impecable por Degiovanni, fue capaz de meter una cuña, a principios del siglo XX, en la tesis dirigista acerca del nacionalismo argentino, según las cuales la responsabilidad en la forja del concepto de nación en la época del centenario habría pasado fundamentalmente por la actuación de las reparticiones públicas. De este modo, enfatizando en la capacidad de Ingenieros para percibir la creciente importancia del libro como medio de difusión social con alcance creciente en las capas medias de la sociedad, Degiovanni pone en tela de juicio las tesis que intentan suponer una “argentinidad” unívoca o que al menos no tuviera proyectos paralelos al momento de cristalizarse con motivo del Centenario de la nación. Aun cuando el autor está perfectamente consciente de que la ecuación entre éxito de ventas e influencia no es mecánica, es posible suponer que el proyecto de Ingenieros, sustentado en una estrategia de mercado, propuso una comunidad imaginada alternativa donde el relato de cohesión social era irreconciliable con una postura única, complejizando así un panorama que de otro modo aparece como unidireccional y sin fisuras y, en suma, alejado de un análisis donde se subrayen las prácticas culturales y sus usos cotidianos.

Álvaro Fernández Bravo, por su parte, da cuenta de los esfuerzos (vanos) del poeta Mario de Andrade por lograr un concepto de patrimonio artístico que no fuera excluyente sino que admitiera las producciones populares como parte de una geografía cultural brasileña que pudiera representar la heterogeneidad de un país que por su propia diversidad veía cómo cualquier relato de colectividad era sometido a fuertes tensiones. De este modo, en la década del treinta, Andrade se compromete en dos empresas en las que el mercado tendría un rol más o menos activo. La primera se trataba de echar a andar un servicio de patrimonio histórico y artístico nacional (SPHAN), la segunda de publicar



una enciclopedia brasilera que estaría más atenta que el primer proyecto a los problemas de oferta, demanda y circulación de los bienes culturales. Si bien la enciclopedia nunca se publicó y el SPHAN se llevó a cabo en términos muy distintos a los ideados por Andrade, Fernández Bravo subraya el hecho de que Andrade previera un rol importante por parte del mercado a la hora de definir una cultura nacional que pasaba también por lo popular. Esta percepción de Andrade, que no podemos desvincularla de su situación en aquella época, en la que vivía su “exilio” en Río, luego de haber sido expulsado del Departamento de Cultura de la municipalidad de Sao Paulo –donde se desempeñara como director– inmediatamente después del golpe de Estado de Getúlio Vargas, nos habla de un intento por poner “el mercado al servicio de una agenda política apelando al recurso de la cultura”, para citar a Fernández Bravo. La crítica implícita a la autonomía estética presente en estos proyectos, se sostiene en la confluencia de cultura y mercado como dos fuerzas aliadas y antagónicas a la vez a la hora de construir una hegemonía.

Dejo para el final el examen del ensayo de Sergio Raimondi. La inusual perspectiva asumida por el poeta de Bahía Blanca (Raimondi es autor de un texto fundamental en la poesía latinoamericana de las últimas dos décadas, *Poesía civil*), nos permite literalmente poner en la balanza el valor de un poema y de cualquier texto literario, dentro de la dinámica económica nacional, tal y como lo plantea Juan Bautista Alberdi a través de la mirada de Raimondi. En la poética de Alberdi, el valor de la palabra escrita era equivalente a cero, en tanto para una nación en etapa formativa, la lucha por alcanzar el desarrollo excluía otras consideraciones que no fueran de índole económica. Así, Alberdi se preguntaba si no sería más importante para la Argentina tener buenos constructores de barcos y ferrocarriles que presidentes letrados y poetas improductivos. La ecuación, planteada así en toda su crudeza, no necesitaba para Alberdi de transiciones ni mediaciones que pudieran morigerar esa relación causa-efecto que expuesta sin adornos resulta un tanto mecanicista. La infertilidad de los sueños independentistas, que habían postrado a la Argentina en un estado de estancamiento permanente, podía resolverse según Alberdi con un positivismo desembozado que excluía de su proyecto cualquier posibilidad de una literatura nacional. Sin embargo, nos dice Raimondi, la perspectiva inaugurada por Alberdi, que ofrece tal vez sin quererlo un contrapunto a la pretendida y apolínea universalidad de la poesía romántica inglesa, también puede entenderse como una reafirmación de un lector económica y políticamente ubicado. Si la revolución industrial generó en Inglaterra un renovado interés por una naturaleza que sería el último reducto de lo “primitivo” y lo “intacto”, ajena por lo tanto al devenir económico, en Sudamérica, en cambio, la tierra era la fuente de donde saldrían las mercancías que se canjearían a cambio de las maquinarias provenientes de Bristol. La exclusión de la literatura de la conformación del ideario patrio, o más bien: su posicionamiento como una mercancía más, nos permite también entender la particularidad como un concepto a partir del cual entender aquello que sea la poesía.



Tal vez habría sido interesante que los editores, puestos a ponderar las formas de influir que tiene el mercado en el ordenamiento simbólico de América Latina, hubieran buscado integrar un discurso como la poesía del continente que brilla en estas páginas con una elocuente ausencia. Es un lugar común asegurar que la poesía está ajena a los vaivenes del intercambio comercial y que la suya es una mera economía de subsistencia incapaz de convertirse en un “negocio”. Si bien los réditos que tal empresa editorial pueden ser exiguos (como la experiencia lo ha demostrado), esto no quiere decir que la relación del discurso lírico con el mercado se agote allí. Sin ir más lejos, el mismo Raimondi hace una reapropiación singular y creativa de los procesos industriales ya mencionados. Por otro lado, las discusiones patrimoniales llevadas a cabo por José Reginaldo Santos Goncalves y Andrea Giunta, bien podrían ser representadas por las disputas en torno a la herencia de la marca Neruda (la marca comercial, no las ganancias por las ventas de sus libros) y la fundación que lleva el nombre del poeta. El patrimonio cultural, como se encargan de señalarlos estos autores, no permanece impoluto en su contacto con el mercado, sino que se lo crea y se lo modifica a través de esa larga lista de mediadores que son las agencias de turismo, los organismos culturales y las perspectivas de las curadurías. Los remanentes del Premio Nobel chileno, en medio de esta polémica, son una huella palpable de que la relación entre cultura y mercado es un tema imposible de dejar de lado.

The University of South Dakota

CRISTIÁN GÓMEZ OLIVARES



WERNER MACKENBACH, ed. *Intersecciones y transgresiones: propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica*. Guatemala: F & G Editores, 2008.

Antes de hablar del contenido específico del volumen *Intersecciones y transgresiones: Propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica*, es necesario resaltar el papel central que ha cumplido la revista *Istmo* como un espacio en el que se comparten y revisan supuestos historiográficos, se avanza hacia una definición del hecho literario, se arriesgan periodos, temas y nombres asociados a diversos momentos históricos y se sientan las bases para la construcción de una nueva mirada crítica sobre la literatura centroamericana. El presente volumen, compilado por Werner Mackenbach –quien en 2008 también editó, esta vez con la participación de Rolando Sierra Fonseca y Magda Zavala, el libro *Historia y ficción en la novela centroamericana contemporánea*– es la primera entrega de seis tomos sobre lo que hasta ahora es un proyecto para la escritura de una nueva historia literaria de Centroamérica en el que se revisa cada uno de los términos y momentos asociados a su realización y se sintetizan las principales discusiones, las cuales, de cierta forma, ya han sido mencionadas en los diversos números de *Istmo*.

La mayoría de los investigadores invitados parten de la insuficiencia metodológica que comporta una lectura positivista y decimonónica del concepto “historia literaria” –que ordena las obras en una escala cuyo punto más alto lo constituye la similitud con los modelos europeos– y por ello apuestan por una definición crítica de esta noción que responda a la concreción política, social y literaria del Istmo. Los artículos también revisan la representación geográfica de Centroamérica y vuelven sobre la idea de literatura que surge del contraste entre las novelas más contemporáneas y otras expresiones culturales cercanas a lo sociológico, a la vez que discuten la pertinencia de los géneros literarios a la hora de buscar vías de comunicación entre los escritores, los países y la periodización de sus obras.

Los articulistas, a los problemas intrínsecos al hecho literario en la región –las dificultades para publicar las obras y valorarlas, en especial desde el momento en que se habló del Istmo, por la tardía independencia de su campo literario, como de una zona incapaz de una literatura en sentido estricto–, agregan la variedad de grupos humanos que la constituyen, el legado colonial de un Imperio español que desde el inicio tuvo dificultades para centralizar su poder, la inestabilidad política, el papel del Estado en la vigilancia y represión de sus propios ciudadanos –en especial de los grupos indígenas– y su dependencia de capitales foráneos que exigen la estabilización artificial de su territorio. Por lo anterior, resulta evidente que hablar de historia literaria como del simple recuento de periodos, temas, obras, anécdotas, autores y fechas es del todo inadecuado. El volumen parte de la certeza de que toda historia literaria es una imposición que deja por fuera una idea de literatura y un conjunto de escritores y que por tanto, además de ser provisional, es impuesta y debe esforzarse por incorporar la historia de aquéllos



que han sido sistemáticamente dejados por fuera tanto de la historia literaria como de la historia a secas. La inclusión de “las textualidades indígenas” dentro de la literatura centroamericana, como lo indica Beatriz Cortés retrocediendo hasta el concepto de “poéticas del despojo” de Ricardo Roque Baldovinos, está signada por la melancolía de lo que se arrebató para luego recordarse. El interés por avanzar hacia una lectura crítica e inclusiva de esta herencia es uno de los puntos centrales.

Toda historia se construye con base en conflictos de poder consigo misma y con su pasado. Y en la forma en que los ensayistas exponen los conceptos asociados a la historia literaria se adivina un deseo de desligarse de los énfasis teóricos que han dictado aquello que debe ser la literatura de Centroamérica. Alexandra Ortiz y Mackenbach en su ensayo final apuestan por una comprensión de las letras centroamericanas que se independice de fechas y hechos históricos, se explique desde momentos literarios anteriores y sienta las bases de lo que sería a su vez una institución crítica independiente. Y el papel de la revista *Istmo* en este proceso debe ser de nuevo resaltado.

De la lectura del volumen el lector tal vez extraña una introducción autónoma –no un *paper* introductorio– que vincule cada uno de los artículos que la componen y subraye el carácter acabado y total del texto teniendo en perspectiva los volúmenes que están por venir. Se echa de menos también una nota sobre la génesis de los artículos, los cuales, al menos uno de ellos, (“Después de los –ismos” de Mackenbach) ya había sido publicado anteriormente. *Intersecciones y transgresiones* es un volumen que promete. Por ahora habrá que esperar la publicación de los cinco tomos restantes.

Waynesburg University

JULIO QUINTERO



JAMES J. PANCRAZIO. *Enriqueta Faber: travestismo, documentos e historia*. Madrid: Editorial Verbum, 2008.

La vida de Enriqueta Faber suscita preguntas que involucran la relación entre la historia y la existencia individual, entre la realidad y la ficción, la visión y construcción de género, así como cuestiones legales e identitarias; es por eso que ha fascinado a escritores cubanos a través del tiempo, como señala James J. Pancrazio en su libro *Enriqueta Faber: travestismo, documentos e historia*, en el que el autor se dedica a reflexionar sobre estos temas y además ofrece reunidos, por primera vez, documentos históricos clave y textos ficcionales en torno al personaje y al proceso legal seguido contra éste en Cuba en 1823.

Si bien muchos lectores nos hemos aproximado al personaje de Faber a través de la novela de Antonio Benítez Rojo, *Mujer en traje de batalla* (2001), James J. Pancrazio detalla los antecedentes que en legajos, crónicas y testimonios dispersos existen sobre esta mujer nacida en la ciudad suiza de Lausana en 1791, y que decidió hacerse pasar por hombre y estudiar la carrera de Medicina, establecerse en Cuba en el pueblo de Baracoa, y casarse con la señorita Juana de León en 1819.

Los sucesos de su vida, rescatados a partir de fuentes diversas, ocupan la introducción del texto de Pancrazio, y constituyen apenas un acercamiento inicial al caso, en el que el autor señala las contradicciones y ambivalencias que impiden a veces llegar a una respuesta definitiva a las preguntas que se formulan. En este sentido, apunta Pancrazio, para los contemporáneos de Faber, y en particular para los jueces que la juzgaron, ella/ él constituía “un enigma: es la imagen que se sabe imagen; símbolo barroco, *trompe l’oeil*, que recuerda el engaño de los sentidos” (20). El complemento necesario a esta aproximación inicial se encuentra en las secciones II-VIII del libro, en las que se reúnen textos que van desde la “Causa célebre” publicada por partes en *La Administración, periódico jurídico, administrativo y rentístico* (1860) hasta los trabajos de Emilio Roig de Leuchsenring, “La primera mujer médico en Cuba, en 1819” (1946) y de Ernesto de las Cuevas Morillo, “El Dr. Enrique Faver” (1919).

El autor comienza la primera sección, “Buscar a la mujer que no está”, parafraseando al Severo Sarduy de *La simulación* y su analogía entre el travestismo y el camuflaje de la mariposa de Indonesia. Como a Sarduy, a Pancrazio le seduce la indagación en el sentido simbólico, en el *performance* del travesti, pero sobre todo le interesa, más que “proponer una identidad travesti que debe recibir un espacio en el canon literario”, “indagar en las estrategias retóricas que emplean los historiadores y escritores frente a la transgresión” (24). Tales estrategias pasan por la explicación laboral –popular en películas de Hollywood como *Tootsie* o *Mrs. Doubtfire*– o la necesidad económica, esgrimida por autores cubanos canónicos como José Martí (quien firma su novela *Amistad funesta* como Adelaida Ral) o Alejo Carpentier, quien publica artículos de moda en la revista *Social* bajo la firma de Jacqueline (25).



Pancrazio hace notar cómo la asimilación de la transgresión sexual se hace aún más difícil en el caso de la mujer que se viste de hombre, pues se trata de negar el impulso erótico presente en el acto de travestirse; con anterioridad había señalado cómo incluso después de que los jueces que llevan el caso de la travesti saben que ella es mujer, continúa en los reportes escritos la ambigüedad masculino/femenino, y se le llama “el expresado Enrique” (19). Tal ambivalencia respondería a la dificultad de asimilar el “enigma” que propone la acusada, del mismo modo que la sentencia que la obliga a llevar ropa “propia de su sexo” señala la necesidad de asignarle una identidad sexual definida, la de mujer. Citando a Robert Stoller, quien afirma que “no hay mujer que se excite eróticamente al vestirse con ropa masculina” (27), Pancrazio señala que para el psicoanalista, en el caso de la mujer, tal impulso se debería sólo “al deseo de trabajar o expresarse libremente”, ignorando de esta manera que en estos anhelos está presente también el impulso erótico. Prueba de ello son las historias de vida de Catalina de Erauso, la Monja Alférez, y de la propia Enriqueta Faber. El estatus de “anomalía o curiosidad barroca” que aún acompaña al texto de Catalina de Erauso sirve para marcar la dificultad de incorporar los temas de transgresión de género a los estudios literarios más tradicionales; ello explica el hecho de que el caso de Enriqueta Faber no haya recibido la atención que merece por parte de críticos y estudiosos fuera de Cuba; también sirve para explicar las estrategias narrativas empleadas por críticos, autores e historiadores con el fin de “aliviar la ansiedad cultural asociada con la transgresión sexual” (29). Estas estrategias, continúa Pancrazio, son fundamentalmente de dos tipos: la elaboración de una narrativa de progreso, trabajo o escape o de una narrativa de decadencia y abyección. El análisis de estos tipos de narrativa y de los textos asociados a ellas en relación con el caso de Enriqueta Faber constituye uno de los aspectos más valiosos del libro que nos ocupa.

Don Enriquito y *El casamiento misterioso*, las dos versiones del caso escritas por Francisco Calcagno en 1895 y 1897, respectivamente, pertenecen a la última tipología, pues detallan el caso de la médico mujer como ejemplo de decadencia moral, una “transgresión [que] marca el territorio ético y moral para los cubanos en la novela” (33). Asociada a la transgresión se encuentra la problemática de la identidad personal y de la identidad nacional, y este elemento ocupa un espacio central en el análisis de la novela que ofrece Pancrazio: de qué manera la identidad problemática de la travesti y del “guajiro” que se representa como su oponente en la narración se relacionan con la indefinición y problematización del sujeto nacional.

Por otra parte, las narrativas de progreso se enfocan en la injusticia social que priva a las mujeres del derecho a ejercer una profesión y de la igualdad de género. Es el caso de los trabajos de José Joaquín Hernández (1846) y de las novelas *Enriqueta Faber*, *ensayo de novela histórica* (1894), de Andrés Clemente Vázquez, y la ya mencionada de Antonio Benítez Rojo. Pancrazio se detiene en el análisis de la obra de Clemente

Vázquez, por ser la más conocida y la que ha ejercido más influencia en las versiones del caso Faber. El argumento de la novela es que si la sociedad hubiera permitido que las mujeres ejercieran la medicina, Enriqueta Faber nunca habría tenido que ocultarse tras el disfraz del doctor Enrique. Tanto este texto como el de Benítez Rojo “justifican la transgresión en términos de la lucha histórica por la libertad. Clemente Vázquez incide en el feminismo, y Benítez Rojo en la libertad sexual como si fuera su extensión y continuación” (38). No obstante, si bien es cierto que las circunstancias históricas y la búsqueda de la libertad individual constituyen el núcleo de los dos relatos, en el caso del texto de Benítez Rojo la transición que va desde la postura inicial de búsqueda de independencia, hasta la aceptación de la propia sexualidad, no desconoce las motivaciones eróticas, ni se trata en última instancia de justificar el deseo lésbico. Si Clemente Vázquez siente la necesidad de explicar que Enriqueta se casa con Juana de León “por caridad” y no porque se sintiera atraída hacia la muchacha, Benítez Rojo presenta su evolución como el camino recorrido por el personaje hacia la propia aceptación de su identidad sexual. Es por ello que una discusión más detallada de *Mujer en traje de batalla* en contraste con la versión de Clemente Vázquez habría añadido claridad al análisis de las estrategias narrativas propuesto por Pancrazio, puesto que la ficción de Benítez Rojo trasciende el tópico de la transgresión sexual y tiene como referencia el creciente impacto de los estudios de género a lo largo del siglo xx y los cambios de paradigma que se han operado como resultado en los estudios literarios canónicos.

Por último, Pancrazio desarrolla un análisis de las implicaciones simbólicas que las prácticas de Faber generan: el hecho de que se haya valido de la fabricación de falsos miembros masculinos y de otras estrategias de representación de su “hombría” abre el espacio para las preguntas del autor acerca del *performance* como parte de la identidad sexual, de los límites que estas prácticas “marginales” proponen a una identidad sexual “central” en Cuba, y sobre todo, de cómo estas prácticas señalan un desequilibrio que va más allá de la transgresión sexual, puesto que sugieren “una crisis cultural en la que las fronteras de la identidad, o mejor dicho, las categorías que definen el género, la clase social, la nacionalidad, la raza y la sexualidad, se vuelven inestables. El travesti, en este sentido, es el elemento perturbador que interviene señalando no sólo una crisis en las categorías de la masculinidad y la feminidad, sino también la crisis de la categoría misma” (49). Aceptar el desafío de esta propuesta es quizás la respuesta más coherente a las interrogantes con que nos deja el caso de Enriqueta Faber.

The University of Iowa

TANIA PÉREZ CANO



LÁSZLO SCHOLZ, edición y prólogo. “*La vida es una fuerte inagotable de experiencias*”.
El lamparero alucinado de Zsigmond Remenyik. Madrid: Iberoamericana/Vervuert,
 2009.

Un elemento indispensable en la historia de la vanguardia latinoamericana es la contribución de Zsigmond Remenyik (1900-1962) quien participa en los años 1920 en la vanguardia húngara exiliada en Viena y luego –como tantos otros autores de Hungría, tales como Sándor Lénart, Tamás Kabdebó, Béla Andaházi (padre de Federico Andahazi), György Ferdinandy (el autor de *L’oeuvre hispanoamericaine de Zsigmond Remenyik* Strasbourg, 1969)– parte no sólo de su patria sino del continente y recorre Latinoamérica (Brasil, Paraguay, Uruguay, Argentina, Chile, Perú, Bolivia) porque, como dice: “Casi no tenía nada que perder, por falta de considerables bienes terrenales arriesgué entonces sólo mi juventud, mi fuerza, mi entusiasmo, casi digo, mi cuerpo...” (11). En Chile (donde es conocido como Segismundo Remenyik) se adhiere a un grupo vanguardista y firma en Valparaíso uno de los primeros manifiestos vanguardistas chilenos, “Rosa Náutica”, publicado en 1922 en el único número de la revista *Antena: Hoja vanguardista*. Entre los miembros de ese grupo se figuran varias nacionalidades, pero en su mayoría representa la vanguardia chilena. Vicente Huidobro, Joaquín Edwards Bello, Guillermo de Torre, Jorge Luis Borges, Norah Borges, Manuel Maples Arce, además de Neftalí Agrella, Julio Walton, Martín Brunster, Jacobo Nazaré, Salvador Reyes, A. Rojas Giménez, Rafael Yépez Alvear, Alfonso León de la Barra, Próspero Rivas, Pablo Christi, Francisco Carocca, Carlos Ramírez B. Eugenio Silva, René Silva, Julio Serey, Carlos Toro Vega, Ramón García y Boente, Gustavo Duval, Marko Smirnoff, Ramón Corujedo, R. Hurtado, Oscar Chávez, Humberto Coriolanni, y Fernando García Oldini firman el manifiesto. Entre ellos se destaca la figura de Neftalí Agrella, porque su nombre será incluido en otro texto de Remenyik, “Los juicios del dios Agrella” (1929), un manuscrito de 107 páginas incluido en este tomo.

Por primera vez aparecen publicadas estos textos en un tomo junto a “Las tres tragedias del lamparero alucinado” al que alude el título del libro que lleva una breve introducción de Juan Manuel Bonet. Rescatando la obra Remenyikiana del olvido para el público hispanoparlante Lászlo Scholz –quien ha escrito extensamente sobre Remenyik– preparó la edición y el prólogo que contextualiza la obra del autor. Remenyik, autor de “más de treinta obras narrativas y dramáticas” (Scholz, Prólogo) es conocido en Hungría, pero mucho menos en Latinoamérica. El único artículo que lo menciona es de Saúl Yurkievich sobre “Rosa Náutica” que apareció en *Bulletin de la Faculté de Lettres de Strasbourg* en 1968 (46: 649-55). Posteriormente, Nelson Osorio le dedica tres páginas a la “Rosa Náutica” en *Manifiestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana* (119-21).

El primer documento que se incluye en el volumen que el/la lector/a tiene entre manos es la legendaria “Rosa Náutica” con una imagen faxímile del original que



también contiene un grabado del compatriota de Remenyik, Sándor Bortnyik. Siguen las “tres epopeyas” (según las especifica el mismo autor), de la obra evocada en el título, “Las tres tragedias del lamparero alucinado” (1922) que ha tenido una reverberación intertextual en el libro publicado en 1936 con el mismo título, *El lamparero alucinado*, del poeta chileno, Victoriano Vicario (1911-1966).

Las tres tragedias del lamparero alucinado de Remenyik consiste de tres partes, “La tentación de los asesinos!” [sic], seguido por “La Angustia!” y finalmente por “Los muertos de la mañana!” También forman parte de las unidades de Las tres tragedias... unos poemas que se titulan “Carteles”: el “Cartel N° III” corresponde a “La tentación de los asesinos!”, el “Cartel N° IV” a “La Angustia!” y el “Cartel N° V” a “Los muertos de la mañana!”. En añadidura, se encuentra el “Cartel N° VI “cartel especial y anexo,” que resuelve el misterio de la identidad del lamparero alucinado: “Ved, aquí viene el lamparero alucinado! / Yo soy el lamparero ese! [sic]” (91). En los poemas que conforman *Las tres tragedias*... el yo lírico oscila entre tercera y primera persona de la modalidad confesional. Los versos que abren “La tentación de los asesinos!” “había venido de tierras lejanas / perdiendo a menudo al salir de ellas las luces sin / dejar huellas tras de sus pasos” (29) presentan a un protagonista, a quien se le refiere como “él” recurriendo a la modalidad narrativa. En cambio en las dos otras “tragedias” se intercambian el ‘yo’ y el ‘nosotros’. En vena surrealista se retratan los horrores de la existencia urbana enfocándose en la violencia (“...de su pecho arrebatado sacó su pulmón e hígado y sus tripas sucias” (37) y en el sufrimiento “y vio los ahorcados / los de cuerpos verdes / y dedos de azúcar” (39). La lámpara “alucinante de [mi] arte” (92) es lo único que es capaz de neutralizar la angustia: “un HONOR!! / leal y sano / bello y orgulloso / en el arte!” (83).

La última obra incluida en el volumen se titula “Los juicios del dios Agrélla!” [sic], terminada en 1929, tres años después de su regreso a Hungría. Es la primera vez que aparece publicada en castellano, una versión breve se ha publicado en húngaro (1938) y luego el texto entero bajo el título, “Agrella emléke” (La memoria de Agrella), traducido por el mismo autor (Scholz, L. “Historia y ficción en Los juicios del dios Agrélla de Zsigmond Remenyik.” *Palimpsestus* 8, 2005). Es un texto que consiste en 92 capítulos, una especie de mosaico fragmentado de la ciudad de Valparaíso, sobre todo de sus facetas menos atractivas pero muy reales, de la vida de los elementos ambulantes “que trabajan en el puertó i se alojan en establós o por lás callés” [sic] (144). El título alude a Nefthalí Agrella, al “poeta i filósofo vagabundó” (196) cuya “necrología y biografía” (Scholz) toma cuerpo en el texto escrito en 1929, excepto que el poeta Agrella no ha muerto hasta 1957, de modo que esta necrología es apócrifa. El valor documental de esta obra consiste en que es una de las primeras descripciones del entorno del grupo vanguardista de Valparaíso.

En conclusión, este libro editado por László Scholz –además de presentar al público lector un texto poético singular de la vanguardia latinoamericana– se le debe por haber



rescatado este texto de la obscuridad aparente. A la vez, Scholz también se destaca como prologuista del volumen complementando la nota introductoria de Juan Manuel Bonet.

Villanova University

SILVIA NAGY-ZEKMI

SONIA BAEZ HERNÁNDEZ, ANADELI BENCOMO y MARC ZIMMERMAN, coords. *Ir y venir: procesos transnacionales entre América Latina y el norte*. LACASA. Santiago de Chile: Bravo y Allende Editores 2007.

Los movimientos diaspóricos y las recomposiciones poblacionales como resultado de la violencia política, las guerras del narcotráfico, o bien las transformaciones productivas generadas por la globalización, han trastocado los mapas del hemisferio. De allí que esos rasgos heterogéneos de la llamada “multiculturalidad”, otrora periféricos a muchos países latinoamericanos y considerados minoritarios dentro de los Estados Unidos, se vayan gradualmente convirtiendo en problemáticas centrales tanto en el norte como en el sur. En la academia estadounidense, mucha de esta problemática estuvo confinada a programas de estudios latinos hasta una época reciente. Ahora, sin embargo, asalta los departamentos “tradicionales”, cuyas viejas concepciones normativas se han desmoronado ante las rapidísimas transformaciones recientes, las cuales problematizan incluso muchos rasgos asociados a ciertas generalizaciones en torno a identidades latinas dentro de los Estados Unidos.

En este contexto aparece *Ir y venir*. Este volumen es el último de una larga fila de publicaciones realizadas por el Latin American Activities and Studies Arena (LACASA). Parecería como si este pequeño grupo de estudios transformado en pequeña editorial pusiera siempre el dedo en la llaga, articulando problemáticas que luego serán “descubiertas” por editoriales universitarias de mayor renombre. La presente colección de ensayos es ejemplo emblemático de este proceso, posicionándose en el espacio migratorio meses antes de que la problemática estallara como fenómeno político en los Estados Unidos.

La colección representa dos perspectivas de investigación frente a los procesos sociales relacionados con las recientes olas migratorias latinoamericanas hacia los Estados Unidos, articulándose entre los estudios de migración transnacional y los estudios culturales. Los trabajos incluidos reflexionan sobre las implicaciones de esta creciente movilidad de sujetos y culturas a lo largo del hemisferio, dentro del marco de aperturas y rearticulaciones vinculadas con las fuerzas globalizadoras actuales. *Ir y venir* explora las redes de relaciones normalizando el flujo poblacional. De allí que en el prólogo se explique el título como “un ir y un venir, entre un allá y un aquí, entre un



espacio/tiempo en continua reconfiguración” (15). Así, el libro busca las dimensiones más significativas relacionadas con los estudios transnacionales, pero enfatizando aquellos rasgos culturales frecuentemente omitidos en trabajos escritos por sociólogos, historiadores o antropólogos, donde la dimensión cultural del proceso transnacional es invisibilizada. Por ello, el libro une los trabajos de expertos en migración transnacional tales como Sarah Mahler, Jorge Duany, Katrin Hansing o John Gledhill, con los de especialistas en estudios culturales del calibre de Juan Poblete, Abril Trigo, Ángel Quintero Rivera, Juan Zevallos Aguilar, Arturo Arias o Carlos Monsiváis. La temática de los ensayos es variada. Incluye tópicos étnicos y urbanos, dimensiones culturales de la globalización, o bien condiciones de los flujos transnacionales. El libro se divide en cuatro secciones. La primera se dedica a revisar teóricamente el fenómeno de las migraciones transnacionales desde la perspectiva de los estudios latinoamericanos y latinos. Las tres secciones siguientes se concentran en tres áreas particulares de migración: Sur y Centroamérica, el Caribe y México.

La introducción articula la doble problemática del libro: por un lado, “cómo se pueden considerar los procesos transnacionales y su nexa con los estudios de la globalización y sus efectos culturales” (18), argumentando que no se puede entender este campo sin problematizar sus rasgos culturales; por el otro, “cómo los estudios culturales latinos bajo la presión de tendencias y de teorías transnacionales van cambiando y afectando a su vez el marco de los estudios transnacionales” (18). Los editores argumentan que es al caracterizar el aspecto subjetivo de los procesos transnacionales donde muchos académicos se quedan cortos. Por ello se interesan en las reterritorializaciones que para ellos constituyen la subjetividad posmoderna. Es aquí donde aparecen las memorias y nostalgias, es decir, los espacios afectivos desde donde se puede teorizar cultural y éticamente la transnacionalidad al aparecer en ellos la gradual desintegración de las identidades nacionales.

La primera sección, sobre perspectivas generales, incluye dos artículos importantes que marcan teóricamente el conjunto del volumen, “El auge de los estudios migratorios transnacionales” de Sarah Mahler y “Globalización y producción de conocimientos: hacia una reconfiguración neocultural” de Juan Poblete. El primero de ellos argumenta que transnacionalismo implica los límites del Estado-nación para controlar flujos poblacionales. Mahler analiza los avances y los límites de la teoría transnacional, haciendo una evaluación de la misma y enfatizando la importancia de los estudios comparativos. Argumenta que la literatura migratoria transnacional aporta a los debates sobre la supervivencia del Estado-nación en la presente etapa globalizadora. Contribuye asimismo a explicar la etnogénesis de ciertas identidades poblacionales y su transformación, independientemente de los marcos geográficos o espacios sociales en los cuales operan al valorizar las fuerzas sociales como simultáneamente revitalizadas y subyugadas. Finaliza enfatizando la necesidad de que este tipo de estudios logre alcanzar la esfera de los estudios culturales transnacionales en general.



Juan Poblete argumenta que el mundo contemporáneo se está estructurando en torno a lo geocultural. Lo anterior implica la perspectiva de una globalización “desde abajo”, en oposición a la globalización económica impulsada “desde arriba” por las élites mundiales. Por ello es necesario reconceptualizar epistemológicamente el estudio de las poblaciones latinoamericanas a partir de procesos transnacionales. Poblete propone un análisis genealógico de las formaciones de los Estudios de Área y Étnicos en los Estados Unidos, para pasar luego a explicar todo lo que está en juego en las relaciones Norte-Sur. Según Poblete, las ciudadanía hemisféricas, es decir, las poblaciones transnacionales, consideran el conjunto territorial del hemisferio como su espacio natural de operaciones. Concluye afirmando que replantearse las condiciones disciplinarias de producción del conocimiento sobre la diferencia y la desigualdad logrará la superación del neoliberalismo, la reconstrucción político-cultural del eje norte-sur y la superación del enfoque estadounidense particularista en torno a las minorías étnicas.

Los ensayos introductorios son seguidos de una sección titulada “Sur y Centro/Norte”. En la misma aparecen cuatro artículos, “Imaginario migrante: Los uruguayos en Massachussets” de Abril Trigo, “Desplazamiento y transnacionalismo en la construcción de una identidad cultural andina en los EE.UU.” de Juan Zevallos, “Centroamericanos-americanos: Invisibilidad, poder y representación en el mundo latino de los Estados Unidos” de Arturo Arias y “El Departamento 15 en Washington, D.C.: La construcción de un espacio cultural salvadoreño” de Ana Patricia Rodríguez. Éstos tienen el mérito de introducir migraciones poco trabajadas como las de Uruguay y el Perú, así como reflexiones teórico-críticas en torno a la centroamericanidad, comunidad diaspórica poco incluida en antologías clásicas sobre Latinos en los Estados Unidos. Abril Trigo problematiza cómo varias formas de textura social logran preservar su comportamiento comunitario deterritorializado en el momento en el cual las identidades nacionales se van desintegrando. Concluye que las viejas narrativas nacionales son subvertidas en el contexto transnacional por el inmigrante al vaciarlas de sus signos originales para recrear una visión del Estado-nación que rearticula nuevas identidades imaginarias.

Zevallos no sólo se plantea la idea de las migraciones involuntarias, producto de la violencia estatal a nivel local, sino también la reconstrucción de identidades andinas en la alteridad. Esto implica la creación de identidades transnacionales en condiciones de subalternidad. De allí que, enfatizando gustos musicales y alimenticios, el inmigrante encuentre su reaglutinación como comunidad cuando hibridiza rasgos andinos y estadounidenses.

El artículo de Arias teoriza la centroamericanidad diaspórica a partir de su invisibilidad. La población diaspórica centroamericana no se ajusta a los modelos de las migraciones latinoamericanas a los Estados Unidos no sólo por ser sujetos etnificados (en su mayoría, mayas) sino además por llegar traumatada por el genocidio en su país, vislumbrada como simpatizante del comunismo por el estadounidense medio, ignorante



de las luchas nacionalistas en Centroamérica, y por su complejo de inferioridad frente a los mexicanos. Estos rasgos diferencian a esta comunidad de otros latinos y dificulta su integración.

Ana Patricia Rodríguez argumenta que la migración salvadoreña es transnacional por simultáneamente arraigarse en los Estados Unidos sin perder contacto cotidiano con su patria de origen. A partir de este punto visualiza el surgimiento de un “tercer espacio” en el cual se articula una identidad liminal como proceso recombinatorio sujeto a múltiples variables que transforman la manera en la cual estos migrantes son percibidos en los EE.UU.

La siguiente sección, “Caribe/USA”, incluye otros cuatro artículos. Éstos son “Disquisiciones en la diáspora: sobre dominicanistas, transnacionalismo y comunidad” de Silvio Torres-Saillant, “La formación y el desarrollo transnacional del capital cívico social entre los cubanos católicos en Miami” de Katrin Hansing, “Nación, migración, identidad: Reflexiones sobre el transnacionalismo a propósito del caso de Puerto Rico” de Jorge Duany y “Enormes sonidos. ¿de pequeños países? Migración y globalización en la música salsa” de Ángel Quintero-Rivera.

Torres-Saillant realiza una revisión crítica de los estudios dominicanos y transnacionales para inclinarse por estos últimos, posicionando la migración hacia el país de origen como un problema de clase que desestabiliza la estructura social original. Hansing, por su parte, revisa el exilio cubano en Miami para desmentir la creencia de la excepcionalidad cubana. Argumenta que si bien las memorias se recuperan de manera política, sirven para reforzar lazos transnacionales entre Miami y Cuba, con la iglesia como elemento mediador de las mismas.

Jorge Duany afirma que los puertorriqueños han sido simultáneamente transnacionales, coloniales y nacionales. Sugiere que el nacionalismo político tiende a debilitarse “con la constante trasgresión de las fronteras nacionales” por medio de la migración masiva, propiciando lo que él llama “neonacionalismo”. A diferencia de Duany, Quintero-Rivera delinea la continuidad de la salsa y de los ritmos afrocaribeños como “el poderoso imaginario caribeño de la cimarronería” que articula categorías raciales subalternizadas de naturaleza híbrida y heterogénea, subvirtiendo el orden social preestablecido en la isla.

La última sección, “Entre México y El Norte”, recoge cuatro artículos más para completar la docena. Estos son “Reflexiones en torno a los Estados, los subalternos y las relaciones de poder en un mundo de flujos de bienes y personas” de John Gledhill, “Entre la Mixteca y Nueva York: las remesas socioculturales de los migrantes mexicanos” de Liliana Rivero-Sánchez, “Migrantes atenguillenses en Estados Unidos y Canadá. Creatividad y recursos simbólicos” de María de Lourdes García Curiel y “México en su sitio. México en Chicago, Tucson, Los Ángeles, Dallas, San Antonio, Nueva York, y la lista se amplía” de Carlos Monsiváis.



Gledhill analiza la migración michoacana destacando la diversificación de sus patrones sociales. Su complejidad invita a buscar explicaciones alternativas a las del sentido migratorio tradicional. Rivera-Sánchez se enfoca en las migraciones mixtecas a Nueva York para articular las remesas como factores de hibridación de la culturalidad. Su argumento es que las remesas no son exclusivamente transferencias económicas sino intercambio dinámico de bienes sociales y culturales. García Curiel analiza una comunidad de Jalisco que ha migrado desde fines del siglo XIX para argumentar que no existe desterritorialización de la cultura. Internaliza el apego afectivo hacia lo local e integra los dos espacios a su sistema cultural, de manera que las referencias subjetivas y simbólicas no se pierden. Finalmente, el texto clásico de Monsiváis es una reelaboración de su presentación en Chicago en 1998 donde reflexiona sobre las transformaciones de las identidades mexicanas y estadounidenses para cuestionar la continuidad del concepto de identidad nacional dada la rapidez con la cual tanto la globalización como el transnacionalismo han liquidado esas modalidades.

Ciertamente el volumen no es perfecto. Hay artículos sobre lo contemporáneo, otros problematizando rasgos históricos, sin lógicas aparentes. Asimismo, la heterogeneidad teórica dificulta extraer posicionamientos claros en torno a la transculturalidad. Finalmente, existen omisiones importantes, tales como la migración colombiana, la cual marca de manera importante las últimas tres décadas de las relaciones Norte-Sur. Estas fallas, sin embargo, no le restan valor al esfuerzo realizado por los coordinadores. El texto reseñado representa un esfuerzo encomiable no sólo por visualizar la importancia de una problemática explosiva antes de su emergencia pública, sino además por los esfuerzos interdisciplinarios por ofrecer respuestas de fondo a la misma. Evidentemente la contribución principal de *Ir y venir* es la de poner a dialogar a especialistas migratorios y culturales con referencia a las fuerzas transnacionales, rediseñando los planos reales e imaginarios de un aquí y un allá. Pero, más allá de ello, el volumen recoge argumentos que las disciplinas tradicionales han resistido con frecuencia por razones institucionales. El texto sostiene diálogos horizontales substanciosos con teóricos y teorías emergiendo del sur del hemisferio. Asimismo, articular de manera eficaz investigaciones interdisciplinarias, contribuyendo con efectividad a la comprensión del “ahora” en la vida de los sujetos latinoamericanos, transnacionales o no. Por ello, y por esfuerzos como el presente, LACASA, su editor y fundador, Marc Zimmerman, y el conjunto de coordinadores que preparó la presente colección de ensayos merecen ser felicitados.

University of Texas at Austin

ARTURO ARIAS



ILEANA RODRÍGUEZ. *Liberalism at its Limits: Crime and Terror in the Latin American Cultural Text*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2009.

En su estudio *Liberalism at its Limits* (2009), Ileana Rodríguez emprende una crítica feroz e inflamada de las consecuencias del liberalismo en las comunidades latinoamericanas excluidas de lo que ella nombra, siguiendo a Masao Miyoshi, “la fortaleza europea” y “la fortaleza estadounidense” (8). Rodríguez sitúa su argumento político, cultural y filosófico en los escenarios históricamente violentos de Guatemala, Colombia y México donde los conceptos del liberalismo se han vuelto inadecuados, ya que resultan en una criminalidad extendida, una desigualdad profunda y un neocolonialismo perpetuo. El fracaso de esta forma de entender y pensar la política se evidencia en las matanzas apoyadas por el Estado y en las campañas de terror y el genocidio que han llegado a caracterizar el ambiente de América Latina. En su intento por desenredar los hilos del terrorismo –un acto de desesperación a cargo de aquellos que no tienen un Estado, según ella– Rodríguez además incrimina a las élites y sus quimeras de imponer un Estado liberal al estilo occidental en una región ya marginalizada por sus prácticas distintas. Por lo tanto las filosofías del liberalismo invalidan cualquier potencial de derechos universales y, a la vez, aumentan el estatus minoritario de los ya marginados; hasta cierto punto, su discurso recuerda una actualización y una amplificación de las incongruencias apuntadas y exploradas por Roberto Schwarz en “As idéais fora do lugar”.

Al enfocarse en los textos culturales del siglo xx y xxi con un tono apasionado y urgente, el libro documenta una serie de choques entre la ideología liberal y las creencias locales a fin de ilustrar la desintegración de la sociedad civil, la esfera pública y el Estado latinoamericanos; tal ruptura se relaciona explícitamente con las formas del trabajo, según Rodríguez. Ella divide su análisis en siete capítulos dedicados a examinar estas relaciones en la Guatemala de Rigoberta Menchú y su *Rigoberta: La nieta de los Mayas*, en la Colombia de Alonso Salazar y Alfredo Molano y sus testimonios y en el México atormentado por *los feminicidios* de Ciudad Juárez. Empezando por las contradicciones de fondo del liberalismo, el primer capítulo busca simplificar las paradojas que impiden que la filosofía encaje en las normas y los ideales de la democracia. Rodríguez nota algunos problemas relevantes al contraponer las sociedades occidentales (de tipo “A”) con las sociedades criollas (de tipo “B”): para empezar, el mundo occidental no permite otras formas de pensamiento ya que mantiene, dogmáticamente, su convicción de que la democracia liberal es la única meta para alcanzar el nivel más alto del desarrollo político. Para algunos grupos, demuestra Rodríguez, no es así. De hecho, ella comienza su narrativa con la caída de las Torres Gemelas y de ahí traza una línea que puede leerse casi como una defensa (o, por lo menos, como un intento de entendimiento) del acto terrorista, cometido precisamente por esta razón: “We must recognize, hard as it may be, that transgressing people’s human and civil rights can unleash violent responses,



as violent and harsh as the ones that have been inflicted on them” (136). Además, ella subraya la omisión principal del liberalismo: que el mundo moderno es un producto del colonialismo. Con los paradigmas de Dussel y Mignolo en mente, entonces, Rodríguez pretende aportar una lectura cultural en la que se vea al mundo desde abajo, o sea, con el espíritu de cuestionar e interrogar las estructuras hegemónicas –por ejemplo, el liberalismo– que se han transformado en la norma o lo “normal” (de acuerdo con Gramsci).

Al pasar sus suposiciones por el filtro de las teorías del lenguaje de Alarcón y Lubiano y por las teorías de la diferencia de Sommer y Spivak, Rodríguez sostiene que Menchú emplea el vocabulario liberal estratégicamente a fin de (1) revelar los huecos de dicha filosofía o (2) empujarla y cuestionarla y así formular una interpretación más abierta e inclusiva de la democracia. Por ejemplo, Menchú se reapropia de la designación usada por los arqueólogos para la gente mesoamericana –“las culturas milenarias”– y la transpone a su propia gente y a su hermenéutica del mundo. Esto resulta en una manera de reinscribir el sujeto maya en la historia y de ahí validar tanto la forma previa como las experiencias futuras de tal sociedad. Rodríguez indica que esta validación gira alrededor de las nociones de respeto y de reconocimiento. Menchú lucha por los “*derechos de gentes*” a pensar dentro de parámetros alternativos sin ocluir su estatus de ser modernos; busca crear una comunidad imaginada moderna (pero no occidental) que se incluya dentro la sociedad civil a través de las contribuciones que surgen de su epistemología indígena (80). El ejemplo más importante aquí es el del ecologismo, una creencia indígena *avant la lettre* que ha sido reformulada como si fuera un esfuerzo occidental genuinamente nuevo o, en las palabras de Rodríguez, “Whatever is produced in the past that serves for the future is snatched from the indigenous epistemologies and relocated in the Western text” (216). Ahora bien, la autora plantea una lectura de Menchú como una intelectual pública –y, lo más sobresaliente, como una intelectual indígena– al enfocarse en su papel de ganadora del Premio Nobel y productora del conocimiento que siempre será conocida por su cuerpo y cara maya. En este sentido, su análisis se desvía de lo que propuso en la introducción y lo que hace en los siguientes capítulos, que constituyen una exploración cargada de las relaciones entre liberalismo, violencia y trabajo. No obstante, su lectura destaca el neocolonialismo fomentado por el liberalismo, y puede decirse que proporciona una perspectiva interesante en cuanto a la voz del subalterno.

Rodríguez salta del caso guatemalteco a lo que nomina el “Estado fracasado” de Colombia y su “tradición cultural de violencia”, cosa que ella ubica en el periodo de La Violencia de 1946-66 y explora por medio de la colección de testimonios *Los años del tropel* de Alfredo Molano (96). Sin la opción de debate público para sus políticas contradictorias en Colombia, se dio una larga trayectoria de conflicto armado entre los liberales y los conservadores. La autora traza una genealogía de la violencia que, según ella, parte de los grupos de autodefensa –es decir, los campesinos– que se juntaban para



protegerse de la oligarquía. De ahí, esta base inicial pasa al movimiento guerrillero y, eventualmente, constituye la base de los narcotraficantes: “In time, self-defense groups became the basis of the guerilla movement, and further on, part of the rank and file of drug lords” (110). Efectivamente, Rodríguez busca subrayar que, en los ojos del campesino, “[t]oday, the military and paramilitary, the guerrillas, and the drug lords are the rulers of the land. Rural people do not know how to distinguish one from the other” (114).

A través de las escrituras de Molano, Rodríguez ilustra un Estado corrompido que emplea la violencia, el sadismo y el espectáculo a fin de aterrorizar a la gente. En un ejemplo por excelencia de la necropolítica (Mbembe), el gobierno colombiano logra aniquilar la identidad popular tras la devastación del cuerpo físico. La deshumanización se evidencia en el lenguaje clínico de los testimonios, lo cual se ve replicado por el tono de Rodríguez que recuerda la tranquilidad artificial de una dosis de Valium.

La autora documenta varias escenas horrosas para mostrarnos las consecuencias actuales del pasado terror: las personalidades insensibilizadas de los sicarios. Ahí se vería una transición de la violencia moderna a una especie de violencia posmoderna, en la cual la criminalidad –las matanzas contratadas– se asocia con el trabajo; al fin y al cabo, los sicarios ganan no solamente un sueldo sino también respeto tras sus asesinatos. Rodríguez analiza esta sección desde la óptica del testimonio *Born to Die in Medellín* de Alonso Salazar, una narrativa que protagonizan los *tesos* con sus posesiones sinfín: sus Reeboks y sus Nikes, sus T-55s y 32-shot mini Uzis, sus motocicletas y sus sistemas de sonido. Ante la previa represión, ellos llegan a representar una nueva forma de subjetividad definida por la resistencia, la valentía y el respeto. A través de otro texto de Salazar, *La parábola de Pablo*, la autora identifica a Escobar como un héroe populista tipo Robin Hood: ligado con los pobres y emblema de la justicia social al sustituir al Estado benefactor que los ha abandonado. Ella lee sus donaciones a la comunidad no como caridad sino como una forma de inversión social que le redunda, en dividendos masivos, veneración y respeto. Aunque llena el vacío del héroe posmoderno en la esfera pública local, al nivel global entra en el discurso de criminalidad, à la Osama bin Laden y Saddam Hussein. Aquí de nuevo Rodríguez alude a una simpatía (o, como mínimo, a un entendimiento) del terrorismo árabe, señalando que tal heroísmo “triggers a state of high alert” para el mundo occidental liberal (147).

Con esta alerta alta sonando en nuestro oídos como si viniera de un parlante en el aeropuerto JFK, Rodríguez nos deja en el frío desierto de Ciudad Juárez, sitio fronterizo de una ola de *feminicidios* difícil de digerir pero, por lo visto, fácil de representar; en efecto, las muertes han inspirado una vasta serie de producciones estéticas, tal como *2066* de Bolaño, quizás la más renombrada de todas. Rodríguez, sin embargo, se dedica no a la ficción sino a la realidad del texto testimonial *El silencio que la voz de todas quiebra*. Compilada por escritoras de Juárez, la colección espera exponer “and defy the stark operational mode of state institutions and their procedures” (177). Por lo tanto, estos



capítulos de Rodríguez se leen como una teoría conspirativa del nivel más alto y son, asimismo, atrevidos en su acusación principal: que el Estado mexicano está, de alguna manera, involucrado en las muertes. Pero la autora continua explicando que los marcos epistemológicos occidentales no encajan lo suficientemente bien para dar sentido a la matriz compleja de muerte, trabajo (legal, ilegal, formal e informal) y tráfico (de drogas, de órganos, de sexo) en la frontera. Lo que sí puede entenderse claramente es la culpa de las maquiladoras en la destrucción de estos cuerpos femeninos, sea por su trabajo agotador o por su aportación directa en las muertes. Tres formas de trabajo se unen para crear una “dimensión desconocida” en donde mueren mutiladas y torturadas centenares de muchachas pobres, morenas y de cabello castaño: las maquilas (que las emplean bajo condiciones pésimas), los zapateros (que las atraen por medio de sus propagandas de trabajo) y los chóferes de autobús (que las secuestran y las llevan a sitios clandestinos). Con indignación, Rodríguez incrimina a las autoridades mexicanas por haber dado la espalda a los crímenes y a los medios sensacionalistas que contribuyen al estatus anónimo y desechable de estas chicas; insiste en que tanto el rechazo de las mujeres como su vulnerabilidad son en sí mismos fenómenos relacionados con el capitalismo tardío y el liberalismo. Al criticar a los periódicos y a los noticieros, Rodríguez aplaude los testimonios que trasladan a estas víctimas de vuelta a la esfera personal, es decir, a un sitio de subjetividad íntima provisto por las palabras de sus madres.

Rodríguez termina su discusión del *feminicidio* con un análisis de la atracción perversa causada por las imágenes de las muertas, cosa que explora mediante las teorías feministas de la mirada (Mulvey) y el sublime estético (Kant). Aunque muy sugestiva, esta sección parece menos desarrollada que las otras y por añadidura abre el argumento a una dimensión demasiado amplia para un proyecto denso pero ya completo. Por otro lado, se entiende la adición si uno lee *Liberalism at Its Limits* no sólo como un análisis académico (y por lo tanto, uno empacado en moldes mucho más rígidos) sino también como una petición al mundo de que abra los ojos al liberalismo malogrado y que busque alternativas. Rodríguez maneja su discurso con paciencia y, a la vez, urgencia: es urgente, ella opina, borrar la neoesclavitud y la deshumanización que abundan no solamente en el mundo local de América Latina sino en el mundo global. En la tradición de sus estudios anteriores *Women, Guerrillas, and Love* (1996) y *House, Garden, Nation* (1996), Ileana Rodríguez ha contribuido con otra pieza sumamente significativa al campo, y merece ser leída por estudiantes, académicos, intelectuales y sobre todo por los líderes mundiales. El libro entrecruza sofisticación teórica e ingenio narrativo hacia fines políticamente relevantes en la actual coyuntura latinoamericana, por lo cual podría (y debería) servir de modelo para investigaciones futuras de los estudios culturales.

Worcester Polytechnic Institute

AARTI SMITH MADAN



JOANNA PAGE. *Crisis and Capitalism in Contemporary Argentine Cinema*. Durham: Duke University Press, 2009.

En *Crisis and Capitalism in Contemporary Argentine Cinema*, Joanna Page, profesora de Estudios Culturales Latinoamericanos de la Universidad de Cambridge, formula una sugestiva hipótesis según la cual los nuevos productos del cine argentino están enmarcados en un período de desarrollo y expansión del modelo neoliberal y, al mismo tiempo, se pueden considerar como un grave reflejo de los años de crisis económica que soportó el país en tiempos en que la globalización comenzaba a influenciar en los modos de vida de las sociedades del presente.

En la introducción, Page se refiere al “renacimiento” del cine argentino, hecho avalado por reconocimientos en festivales internacionales y por una sólida producción que, en términos comparativos, pasó de catorce filmes en 1994 a sesenta y seis en 2004. Al hecho del apoyo logrado por la nueva ley de cine (2005) y la realización del Festival de Mar del Plata en 1996 después de veintiséis años, la autora agrega las difíciles condiciones de producción de cierto cine independiente (bajos presupuestos, equipos menos costosos, uso del blanco y negro) que plantea su propia expresión.

El propósito que guía el libro, entonces, es explorar cómo el cine argentino contemporáneo ha registrado, y de paso ha contribuido a construir, ciertos modos de subjetividad con relación a la experiencia argentina del capitalismo, el neoliberalismo y la crisis económica. El volumen se propone registrar la manera en que pueden ser interpretadas determinadas películas en tanto constituyen representaciones que experimentan en forma y contenido; y en relación a su estatus, ya sea como artefactos culturales o mercancías, siempre considerándolas como parte de una industria global. Así, una de las principales preguntas que recorre este texto es sobre cómo y por qué se generan significados que conducen a una crítica al neoliberalismo al interior de un medio (el cinematográfico) producido y distribuido en el contexto de un mercado mundial dominado por prácticas y políticas neoliberales. La naturaleza de las películas analizadas devendría autorreflexiva, y de esta situación surgiría la siguiente paradoja: así como varios filmes realizados en Argentina en los últimos quince años han representado la pobreza y el sufrimiento del llamado “Tercer Mundo”, de similar forma estos filmes y su gran repercusión internacional están asociados con las aspiraciones de la nación por pertenecer al “Primer Mundo”.

El capítulo uno se titula “Nation, State, and Filmmaking in Contemporary Argentina” y se inicia con una discusión sobre la relación local-global del cine latinoamericano así como la presencia de las coproducciones, para continuar con un testimonio sobre la ayuda estatal que recibió el cine argentino después de la crisis de inicios de los años 90, y que hasta la actualidad permite promover la producción de filmes y crear un espacio, aunque limitado, para su exhibición. La autora discute opiniones de especialistas como



Michael Chanan, Julianne Burton, Néstor García Canclini y Stephen Hart con relación a las nuevas variables y reglas de juego alrededor de las cuales se enmarca la producción audiovisual no sólo argentina sino latinoamericana.

Para entrar en materia, Page nos recuerda que hay inquietudes sobre temas de identidad nacional y fragmentación social que vinculan al cine argentino contemporáneo con el de las generaciones previas, básicamente las de los años 80s y 90s. Entre los realizadores de aquella época puede citarse a Fernando Solanas, Eliseo Subiela y Alejandro Agresti. La primera crítica es sobre *La nube*, dirigida por Solanas, y entendida como una evocación nostálgica de las cercanas relaciones entre arte y política que caracterizaron a las décadas de 1960 y 1970 y que ahora están irrevocablemente olvidadas. El filme de Solanas, como una defensa de un arte en retirada, cuestiona la influencia de la modernización impuesta por el capitalismo.

El capítulo dos, “New Argentine Cinema and the Production of Social Knowledge” discute la relación entre las películas actuales y el neorrealismo italiano, hecho que Page entiende como una reconstrucción del movimiento artístico de posguerra bajo lentes posmodernos: el que cintas como *Pizza, birra, faso*, de Adrián Caetano y Bruno Stagnaro, “citen” al neorrealismo remiten con nostalgia a un periodo en el cual el cine enfrentaba una crucial revitalización en su forma y jugaba un significativo rol en la articulación del cambio social. El filme de Caetano y Stagnaro es considerado como el texto fundacional del “Nuevo Cine Argentino”. La historia narrada en *Pizza, birra, faso* –la experiencia de jóvenes marginales que sobreviven en Buenos Aires–, es teorizada por la autora como una experiencia de “velocidad”, una característica de la posmodernidad que se advierte en el tráfico incesante de personas y autos en la urbe a la vez que el constante desplazamiento caracteriza la vida de los protagonistas.

En este capítulo también se analiza *Mundo grúa*, de Pablo Trapero, un cineasta que ha destacado a nivel mundial con posteriores trabajos como *Leonera* y *Carancho*, y quien busca asimismo el registro realista, casi documental, alrededor de la cotidianidad de un obrero, tema que bien puede remitir a *Ladrón de bicicletas* (1946).

El capítulo tres, “Labor, Bodies and Circulation” centra su atención en la trilogía de Lisandro Alonso conformada por *La libertad*, *Los muertos* y *Fantasma*, y en tres películas de Martín Rejtman, de las cuales destaca *Los guantes mágicos*. Alonso representa quizá el mejor ejemplo de un tipo de reflexión que no está lejano del compromiso social al tiempo que se plantea como una mirada muy personal. Sus filmes exploran la relación entre trabajo y subjetividad, tema que se extiende al rol de los protagonistas vinculados con el propio realizador, partidario de un tono minimalista, sin rehuir los estados de crisis. En el caso de Rejtman, sus obras más bien se alejan del neorrealismo y se expresan, deliberadamente, como antinaturalistas, partidarias de una economía en la narración y una rápida transición entre escenas.



El capítulo cuatro, “Crime and Capitalism in Genre Cinema” parte del hecho que a comienzos de este siglo la injusticia económica y el abuso de poder por parte del Estado han producido la aparición de héroes criminales cuyas acciones los vinculan con sus respectivas comunidades a la vez que provocan la retribución del propio Estado o de oscuras fuerzas representadas por intereses corporativos, capaces de premiar y sancionar. Joanna Page se refiere, en este sentido a una apropiación de géneros establecidos por Hollywood (el *thriller*, el *film noir*, las historias de gánsteres y el *western*) presentes en las películas de Marcelo Piñeyro (*Caballos salvajes*) o en las del desaparecido Fabián Bielinsky (*Nueve reinas*, *El aura*), culminaciones de ejercicios expresivos cuyo referente permanente es la crisis social y económica argentina. El capítulo culmina con el análisis de *Un oso rojo*, otro exitoso filme de Adrián Caetano, que se inscribe con claridad en la narrativa del *western*, en cuanto a los temas de las promesas y fidelidades a partir de la vida de un individuo marginal.

El capítulo cinco, “Nation, Migration and Globalization”, sugiere que uno de los efectos de la crisis ha sido promover cambios en el espacio imaginado de la nación. Esta sección alude a las consecuencias de las políticas de privatización implementadas durante el gobierno de Carlos Saúl Menem, en los años 90s, y el rol de los organismos financieros internacionales, los cuales provocaron el surgimiento de un discurso nacionalista que solicitaba prestarle atención a la representatividad del ciudadano. El interés del cine argentino contemporáneo por acercarse a la migración y a la globalización puede ser entendido como una efectiva meditación acerca de la cultura argentina en el mundo. Y éste es el tema que desarrollan *Hoteles*, de Aldo Paparella, y *Bar El Chino*, de Daniel Burak. Por otra parte los trabajos de Carlos Sorín (*Historias mínimas*, *Bombón*, *el perro*) enfatizan la interdependencia cultural y económica entre el campo y la ciudad. *Bolivia*, tercer filme de Adrián Caetano en este volumen, incide en las taras del racismo y la xenofobia contra un inmigrante ilegal en un ambiente claustrofóbico que revela discriminaciones y venganzas personales.

El capítulo seis, “Memory and Subjectivity”, vuelve sobre temas que marcaron la historia contemporánea del país y propone análisis sobre *Potestad* y *Los rubios*, dos largometrajes que releen, desde una nueva óptica, los años de la dictadura y la realidad de las torturas y desapariciones causadas por las juntas militares (1976-1983). *Potestad*, a diferencia de otras películas que han tratado el tema, particulariza ideológica y estéticamente su mirada y no pretende, al menos como primera intención, testificar contra los abusos de la dictadura. Su autor, Luis César D’Angiolillo, en lugar de continuar con el acto político de recordar se concentra en determinados estereotipos establecidos sobre esta época, convirtiéndolos, a su vez, en rígidos y opacos. El argumento, como en la hoy célebre *La historia oficial*, se refiere al origen de una niña, hija de “desaparecidos”. La opción de Albertina Carri en *Los rubios* es igualmente peculiar y sugerente, procura un testimonio que se va armando como un *puzzle*, un permanente *work in progress*, en el que

la cineasta se autorrepresenta y reconstruye, hasta donde le es posible, la desaparición de sus padres a manos de las fuerzas militares.

El capítulo siete, “The Politics of Private Space” está dedicado a los dos primeros largometrajes de Lucrecia Martel, una joven realizadora que ha alcanzado renombre internacional por plantear no sólo una mirada *sui generis* de la clase media alta argentina sino los elementos que contribuyen a sus alteraciones y descomposición. Ello ocurre en *La ciénaga* y *La niña santa*, películas donde ronda el fantasma del incesto, y que plantean una nueva conceptualización de la importancia política del cine argentino de estos años.

En la sección de conclusiones, Joanna Page afirma que debido a que Argentina forma parte del Primer y del Tercer Mundo (si contrastamos su proceso de desarrollo urbano e industrial con sus niveles de pobreza) y experimenta la realidad del capitalismo global “desde la periferia”, la relación entre la experiencia individual y la colectiva en el cine argentino contemporáneo está lejos de seguir la propuesta planteada por Fredric Jameson. De esta manera, los filmes analizados no permiten desarrollar lecturas simplistas en las cuales el individuo representa “lo colectivo” o a la nación. Texto a la vez expresivo y de sugerente lectura, con profusas fuentes de información, *Crisis and Capitalism in Contemporary Argentine Cinema* nos acerca al panorama de un arte cuya notoriedad aumenta alrededor del mundo y que ya constituye una escuela, una forma de hacer, entender y representar el cine desde un país central de América Latina.

University of Pittsburgh

JORGE ZAVALA BALAREZO

DANIEL BALDERSTON, coord., *Juan Carlos Onetti. Novelas cortas*. Poitiers-Córdoba: Colección Archivo, CRLA-Alción, 2009.

Vaya caso el de Onetti. No sólo el narrador parece estar haciendo trampas todo el tiempo, contando un relato que él mismo desconoce y que se va haciendo, y a veces deshaciendo, a medida que se avanza en su materia –“sólo buscaba adivinar cosas”, nos dice el improvisado escritor de *Para una tumba sin nombre*–, reclamando así un “lector-cómplice” –como bien señala Luchting parafraseando a Cortázar–, cuya complicidad debería ser planteada más en términos policiales que literarios; no sólo el narrador es así, digamos, un tanto dudoso, sino que además su voz parece estar sobreponiéndose o superponiéndose a la de un autor que habla como adormecido, negándose a la comprensión de su propia historia o despertando de pronto a su atención –y la imagen emblemática de Onetti como escritor que trabaja acostado, tiene aquí múltiples facetas–; no sólo ese estado del relato como ante la permanente inminencia de un imprevisto, sin nadie por momentos para resolver qué hacer con lo que ocurre, sino que, además, el texto mismo se entrega finalmente a la imprenta como abandonándose y



el “publicador” –habría que inventar aquí una nueva categoría narratológica– se resiste a corregir las pruebas de galera –“la repugnante tarea de corregir pruebas”, confiesa Onetti en una carta a Idea Vilariño–, lo que pone al editor en el incómodo lugar de tener que tomar decisiones respecto a palabras, cambiar el remate de una frase o sacrificar el final de una historia en el altar de la legibilidad. Situación enojosa que multiplican geoméricamente las sucesivas ediciones, incluyendo las realizadas en vida de un autor que renuncia, de manera deliberada, a toda supervisión o control.

En esto la literatura de Onetti es, sin duda, un *caso*. Y es por esto, entre otras cosas, que la excelente edición de sus *Novelas cortas*, coordinada por Daniel Balderston, adquiere un carácter singular. Decíamos “entre otras cosas”, puesto que hay que aclarar que este libro es varios libros.

En primer lugar es una edición cuidada y razonada de las nueve novelas cortas de Onetti, que se brinda al lector con un lúcido sistema de anotación de variantes y erratas, y con varios anexos. Es en las aguas del *caso* Onetti, y lo que representa, que debe comprenderse la felicidad de tan valiente navegación. Se trata además del resultado de un trabajo en equipo, con una parte importante situada en Montevideo, bajo la coordinación de Pablo Rocca, y con interlocutores distribuidos a lo largo y lo ancho de todo el planeta. Un valioso ejemplo de esa cooperación científica internacional que, tantas veces proclamada en programas institucionales –por lo general con resultados no menos ilusorios que los del narrador onettiano– es aquí una eficaz realidad.

En segundo lugar, este libro es una pequeña Enciclopedia-Onetti, con un sistema de “lecturas” que comienza con un liminar de Juan José Saer y las introducciones de Balderston y Rocca; se continúa en los estudios de Hortencia Campanella, Maarten Steenmeijer, Ronald Méndez-Clark, Julio Premat, Ana Inés Larre Borges, Juan Carlos Mondragón, Gwen Kirkpatrick, Michelle Clayton, María Angélica Petit, Mark Millington y Fernando Aínsa; reúne además en un “Dossier” textos de, entre otros autores, Aldo Prior, Emir Rodríguez Monegal, Ángel Rama, Jaime Concha, José Pedro Díaz, Gabriel Saad, Wolfgang Luchting, Jorge Ruffinelli, Josefina Ludmer y Sylvia Molloy; y se completa con una cronología, una bibliografía y reproducciones de manuscritos y gráficos del autor, entre otras delicias. Un dispositivo crítico en el que el lector amante de Onetti podrá repasar una historia de su recepción y encontrar además nuevas contribuciones y en el que un nuevo y sobre todo un joven lector podrán introducirse en este universo en las mejores condiciones. Está visto, como pretendía Carlos Mastronardi, que “nuestro lector o auditor ideal es siempre un joven, vale decir, un espíritu que busca su forma y que se arroja oscuramente al porvenir”.

Por otra parte este libro es además un tratado sobre la *novela corta*. Explora, en un autor como Onetti, ejemplar también en esto, las particularidades de un género tan inasible, que pierde o diluye siempre sus fronteras contra las del relato breve (el cuento, de más evidente tradición continental) y las de la novela (más célebre, aunque fatigada



por el inefable boom). La *novela corta* tiene en Onetti una importancia fundamental pero lo tiene también en la literatura latinoamericana. Allí el autor ensaya la extensión, buscando respirar con el ritmo de una marcha prolongada, que las exigencias de la forma breve del cuento, que pone el acento por lo general en la estructura, no le permiten, pero conteniendo al mismo tiempo el impulso para que no se pierda, en la novela, lo que la narración tiene de ensayo. En una carta a Mario Benedetti, Onetti nos brinda una de las claves indudables del problema: “juego a veces con [una novelita], me defiendo de que se alargue y se convierta en novela”. Por algo la obra de Onetti tiene “novelitas” como término, abriéndose espléndida con *El pozo* en 1939 y cerrándose, con la carga de agonía que tiene todo testamento, con *Cuando ya no importe*, en 1993, meses antes de la muerte del escritor.

Y finalmente, o antes que nada, este libro es una “edición crítica” que se inscribe en el marco genético que alienta la Colección Archivos. Un trabajo que acompaña el rescate, resguardo y puesta en valor de un fondo de manuscritos, situado en Madrid, donde Onetti vivió los últimos años de su vida y conducido a la Biblioteca Nacional del Uruguay, donde se encuentra actualmente. Un trabajo que ayuda a dismantelar esa imagen de Onetti como escritor adormecido que mencionamos anteriormente y pone de relieve la complejidad del trabajo del artista, sus diversas etapas y niveles, a la búsqueda de “las huellas que fue dejando la infatigable persecución de una forma”, como bien señala Balderston en su introducción.

La necesidad de ediciones críticas (y no me refiero sólo a las que tienen carácter genético) en el dominio de las letras latinoamericanas es tan escandalosamente evidente como minuciosamente desestimada. No sólo para reparar erratas que crecen y se multiplican como ratas en época de pestes... Más bien para conjurar una especie de maleficio que pesa sobre nuestras letras desde sus inicios, en una tradición en la que el lector-cómplice y el editor-desamparado que anidan en el universo de la literatura de Onetti son en cierto modo su parodia. Los libros que resisten a las hogueras inquisitoriales –las morales, las políticas, las estéticas o las meramente presupuestarias– o a la frialdad de la indiferencia, están ahí, “gracias a dios”, como si emanaran de la indecisión de una divinidad traviesa. Como si un texto no tuviera un origen, como si sólo fuera un destino. Cuando Borges afirma que un buen libro es aquel que sobrevive a sus malos editores, a sus falsarios inescrupulosos, a sus copistas distraídos, al abandono o la pérdida de “originales” –siempre aparece el fragmento de un manuscrito entre las páginas de un libro–, a las lecturas cómplices o complicadas, está señalándonos, con esta triste humorada, menos una verdad que los límites de una condición. Sólo un escritor latinoamericano puede hacer una afirmación semejante. No la haría por ejemplo un escritor europeo: francés, inglés, alemán o italiano.

La Colección Archivos, con todos sus vaivenes, ha venido reparando una falta en un campo en el que queda mucho por hacer. Que esta edición de las *Novelas cortas*



de Juan Carlos Onetti, el número 59 de la Colección, que inaugura además una nueva etapa de la misma, una “Nueva serie”, un logro que ya podemos celebrar como modelo, sirva además de presagio.

SERGIO DELGADO

